

EXPERIENCIA METAFISICA Y EXPERIENCIA ETICA

Por ISMAEL QUILES, S. I. (San Miguel)

Los análisis contemporáneos sobre la posibilidad y el valor de una experiencia metafísica y consiguientemente de la *afirmación ontológica* y de una apertura del hombre al ser, han tomado diversas direcciones, desde la irracional, poética o religiosa, hasta la estrictamente metafísica, sea por vía de abstracción, sea por una experiencia directa del ser. Una de las direcciones que han merecido particular atención, renovando así tentativas que ya han aparecido en la historia de la filosofía, ha sido la de reivindicar el valor de la metafísica a través de la experiencia moral.

Es objeto del presente artículo estudiar la relación entre la experiencia metafísica y la experiencia moral. Y la pregunta central que nos formulamos es la siguiente: ¿es la experiencia ética la apertura para la experiencia metafísica o viceversa? Los análisis que vamos a realizar se hallan en la dirección de la experiencia fundamental humana que hemos denominado *in-sistencial*.

I. LA EXPERIENCIA METAFISICA

Entendemos por experiencia metafísica la apertura o el estado de apertura del hombre al ser, reconocido por el hombre mismo desde su subjetividad. La experiencia fundamental del hombre se realiza por un acto de interiorización del hombre en sí mismo, en el cual se auto-afirma y se reconoce como siendo él sí mismo y estando en sí mismo, como base y condición fundamental de toda la realidad del hombre y de toda su actividad. La realidad fundamental del hombre que se nos muestra en esta experiencia como *estando-en-sí-mismo*, es la que hemos denominado *in-sistencia*¹. Pero la experiencia del hombre en sí mismo, no se realiza aislada, sino que tiene lugar dentro de una totalidad de realidades que capto, inmediatamente relacionadas con mi propia íntima realidad. La captación de esta totalidad, en la cual me hallo inserto, me descubre al mismo tiempo la comunidad de todos los entes en cuanto entes, unida en el principio fundante de los entes mis-

¹ Léase nuestra obra *Más Allá del Existencialismo*, Miracle, Barcelona, 1958.

mos, principio absoluto y trascendente no reductible a un concepto, y expresado en toda la filosofía occidental con la conocida fórmula *el ser en cuanto ser*.

La experiencia del yo, de mi in-sistencia o realidad individual, se halla ligada a la experiencia del principio de la realidad en cuanto tal, el ser en cuanto ser. El hombre se halla inmerso en una experiencia metafísica, por el mismo hecho de hallarse inmerso en su propia experiencia individual. Asimismo, se experimenta inserto en la realidad en cuanto tal, porque se halla en el ser en cuanto ser como fundamento del propio ente.

Si analizamos esta presencia del ser en cuanto ser en el ente, que se descubre al hombre en la propia experiencia individual de sí mismo, podremos apreciar que se presenta con una doble fase o aspecto que nos interesa subrayar, en orden a la ulterior aclaración de la misma experiencia ética.

1) Una primera fase de la experiencia metafísica es la que podemos denominar pre-lógica. El ser se hace presente al hombre desde el momento en que éste se percibe a sí mismo en la totalidad de los entes.

Esta presencia del ser al hombre es necesaria, inevitable, en la misma forma que es necesaria e inevitable la presencia del hombre a sí mismo. La realidad individual propia, así como la realidad del cosmos que me rodea, se me presenta en una forma que yo no puedo evitar, golpeando mi receptividad, y como en un choque óntico, que yo no puedo eludir. Me experimento a mí mismo *siendo entre* las cosas que *son conmigo*. Esta primera fase se podría denominar *dionisiaca*, porque representa los caracteres de lo dionisiaco: impulsivo, creador, confuso.

2) Ante este choque o presencia del ser al hombre, se produce la necesaria reacción de éste o respuesta. Esta no es otra que la afirmación metafísica: *el ser es*. Afirmación que brota también espontáneamente, correspondiendo a la *pre-gunta* ineludible que el ser nos hace con su presencia.

La afirmación metafísica es una *re-spuesta* a la pregunta del ser, y como toda re-spuesta implica ya un compromiso del ente que responde. Como tal se hace *re-sponsable* de su afirmación metafísica y *sale garante* (*spondet*) de ella. Lo que significa salir también garante

de la realidad del ser que afirma. La afirmación metafísica, en cuanto afirmación, posee ya un factor lógico, y, como todo *logos*, incluye el elemento de la auto-conciencia, que, a la vez afirma el ser y se afirma a sí mismo. El factor lógico es ya un factor de orden y de razón y, en este sentido, lo podemos denominar *apolíneo*, por oposición a los caracteres de primera fase de la experiencia metafísica, pre-lógicas, imprevisibles e inevitables, dionisiacos.

II. LA EXPERIENCIA ETICA

Este esquemático análisis de la experiencia metafísica nos abre el camino para mostrar la experiencia ética fundamental y originaria, contenida en la experiencia metafísica misma. A las dos fases de la experiencia metafísica, es decir, al choque óntico o presencia del ser al ente, y a la afirmación metafísica o respuesta del ente al ser, corresponden exactamente las dos fases de la experiencia ética fundamental del hombre. Toda experiencia ética incluye necesariamente dos elementos: la de un orden moral que se me hace presente o patente, en alguna manera, imponiéndose en mí con una obligación absoluta; y la de mi respuesta a ese orden moral, por la cual yo me constituyo dentro o fuera de dicho orden, según que mi respuesta sea conforme o disconforme con el mismo. El orden moral implica dos polos: la *responsabilidad* y la *respuesta*. Por la responsabilidad tengo conciencia de la exigencia o presencia de ese orden moral ante mí, que me obliga y me constituye *responsable*. Por la respuesta, asumo mi posición frente a ese orden moral, realizo o cumplo con mi opción de conformarme o de separarme del orden moral que se me hace presente. Analicemos esos dos aspectos, patentes en la misma experiencia metafísica.

1) En la experiencia metafísica recibo yo la experiencia de la presencia del ser que se me hace presente, no sólo en mi propio ente, sino en un orden cósmico independiente de mí, del cual mi ente forma parte, y, por cierto, dentro de un conjunto de relaciones ya hechas, que se me aparecen como independientes de mí mismo. Mi ente y los demás entes los encuentro fundados en este último principio *el ser en cuanto ser*, por el cual todos los entes son reales, y que ata, por así decirlo, por adentro, todos los entes y todo el orden cósmico. Mi experiencia individual nunca es aislada y solitaria, sino en el mundo y con

los demás entes en el mundo en un orden entre ellos, del cual *no* tengo yo conciencia de ser el autor, sino que se me impone ya hecho.

Esta presencia o patencia del ser al ente, que yo descubro en mi interioridad y desde mi interioridad, equivale a una urgente pregunta que se me hace: *¿qué actitud tomas frente a mí?* De ahí que la experiencia metafísica, es decir, la experiencia de la presencia del ser a nuestro ente, es al mismo tiempo una necesidad para nosotros, una obligatoriedad, una *responsabilidad*, de *tomar posición* frente al ser, y frente a todo ese orden óntico, lo mismo que a las relaciones percibidas entre los diferentes entes. Me veo constreñido a pronunciarme, a tomar una posición, una actitud. No puedo eludir la responsabilidad. *Responsabilidad es obligación de responder*. De ahí que necesariamente debo decidir cómo habérmelas con el ser frente al ser, lo que significa decidir cómo habérmelas frente a este orden de los entes determinados por el ser y frente a las relaciones que este ser establece entre los entes entre sí.

2) La respuesta primera y originaria, la respuesta del ente en cuanto tal, no es otra que la afirmación ontológica: *el ser es, el ser es así y no de otra manera*; el ser es el fundamento de los entes. En virtud de la misma presencia del ser al ente, esta es la respuesta ontológica, coincidente con el ser y con su experiencia. Esa respuesta o afirmación ontológica es *exigida* por el ser.

Pero, entre la respuesta *exigida* y la respuesta *dada*, puede haber una contradicción, si yo no conformo mi respuesta a las exigencias del ser. La *posibilidad* de esta disconformidad entre la respuesta dada y la respuesta exigida nos la explica un ulterior análisis de nuestra experiencia metafísica. En realidad, nuestra respuesta al ser es al mismo tiempo una *decisión* sobre nuestra vida total. Decir o responder que el ser es, que es así y no de otra manera, que las relaciones entre los entes son tales, implica aceptar mi instalación dentro de un orden reconocido como tal. Pero eso afecta a mi vida misma. En realidad la afirmación ontológica es ya una *opción fundamental* acerca de la dirección que damos a nuestra vida, de la manera de situarnos en ese orden cósmico que se nos hace presente en la patencia del ser. La necesidad que experimentamos de realizar una opción ante ese orden ontológico, nos muestra, sin embargo, un elemento de suma importancia. En cuanto esa decisión debemos hacerla desde nuestra

interioridad, nosotros mismos, y nosotros solos. Aquí se nos hace patente la presencia de la libertad en la afirmación ontológica. Si nosotros debemos realizar desde nuestra más íntima interioridad y desde nuestro más íntimo ser la afirmación metafísica, si debemos realizarla nosotros solos, nos estamos, en tal caso, experimentando en el centro mismo de la libertad. La aparición de la libertad en la afirmación metafísica, nos instala de lleno en el orden moral o ético propiamente tal. Nuestra responsabilidad tiene entonces pleno sentido moral. Si a esto agregamos las consecuencias que inmediatamente percibimos para nuestra acción, podremos comprobar hasta qué punto la afirmación metafísica nos compromete necesariamente en una actitud moral. Evidentemente, de la afirmación o de la negación del ser, de que yo responda con la afirmación ontológica: *el ser es, el ser es así, no de otra manera*, etc.; o bien con la negación ontológica: *el ser no es, el ser no es así*, depende mi actitud frente al orden ontológico, frente al conjunto de los entes, es decir mi situación en el mundo, establecido ahora por sí mismo. Por eso la opción moral fundamental está íntimamente unida a la afirmación metafísica.

De ésta dependen, después, las opciones éticas particulares. Porque hay que distinguir la opción fundamental y las opciones particulares. La opción fundamental es aquella actitud general que yo adopto en mi vida, aquella concepción de orden moral y aquella decisión mía u opción de insertarme en él tal o cual actitud general. Esta opción fundamental decide de las demás opciones particulares, las cuales responden, a su vez, a ulteriores afirmaciones de los modos de ser del ser. Así como en el orden ontológico podemos distinguir la afirmación metafísica fundamental, de las afirmaciones ulteriores que se refieren ya a los modos del ser, a las diversas manifestaciones del ser y a las relaciones entre los entes, de la misma manera podemos distinguir la opción fundamental ética de las opciones particulares. Por una extraña característica del hombre, pueden darse en él numerosas fallas de lógica moral, v.g. entre la opción fundamental y las opciones particulares. Dentro de una actitud moral perfecta, existe una íntima solidaridad entre todas las opciones. Una opción particular que es contraria al orden ontológico establecido, de suyo destruye también la opción fundamental de acuerdo a una perfecta lógica mo-

ral. El hombre, justamente, es capaz de vivir estas fundamentales faltas de lógica en sus diversas actitudes vitales morales.

Resumiendo los análisis precedentes, podríamos decir: el ser con su necesario, inevitable y dionisiaco hacerse presente al ente, le está constriñendo, a una respuesta determinada, es decir, le está imponiendo un orden determinado.

El ente es consciente de esa respuesta *exigida* por el ser. No puede él evitar esa necesaria presencia del ser y esa esencial pregunta del ser, que es la esencia del hombre. La esencia del hombre es precisamente el ser una pregunta del ser. Porque pregunta del ser es la presencia o patencia del ser captada en el fondo y en el centro del ente.

Yo soy consciente de esa respuesta *exigida*, con lo cual aparece el factor de la *responsabilidad*, es decir de la obligación de responder y de la obligación de responder en un sentido determinado, es decir de acuerdo al orden del ser y de los entes que se me hace patente, el cual no constituyo yo, sino que lo recibo ya constituido y no puedo de suyo alterar.

Ineludiblemente me veo entonces constreñido a dar *mi respuesta* al ser. Si mi respuesta *dada* no coincide con la respuesta *exigida*, entonces me declaro contra el orden ético que el ser establece, lo que trae consigo inmediatamente la conciencia de instalarme fuera del orden ético exigido, y, en consecuencia, en un desorden ontológico, que no puede menos de perturbar mi ser mismo.

En tal caso, mi responsabilidad no queda plenamente satisfecha o cumplida con mi respuesta contraria al orden moral, y, por tanto, sigue en pie mi obligación de responder. Si mi respuesta es coincidente con la pregunta misma del ser y con el orden óntico por él establecido, entonces, mi respuesta satisface a mi responsabilidad y el orden ético queda cumplido, así como quedo yo también instalado juntamente en el orden ético y en el orden del ser.

* * *

Es interesante observar que aún un autor que parece poner un abismo tan infranqueable entre el orden metafísico y el orden ético, como es Kant, nos haya hecho una descripción de la experiencia ética, coincidente en rasgos fundamentales con la que nosotros acabamos de realizar. Aunque Kant repite que la obligación absoluta con que se

nos hace presente la norma moral procede del sujeto mismo plenamente autónomo, sin embargo, nos ha dejado algunas descripciones o análisis de la experiencia moral que representan un reconocimiento más integral de la misma experiencia ética y una mitigación, casi diríamos, una fundamental negación de esa misma tesis central de Kant. La doctrina es coincidente en sus dos obras *Fundamento de una Metafísica de las Costumbres* y *Crítica de la Razón Pura Práctica*. La íntima conexión entre el orden ético y el orden metafísico aparece manifiesta.

Kant sigue, para la fundamentación metafísica de su moral, un proceso que revela en él la influencia marcada de la experiencia in-sistencial, en cuyos análisis parciales se basa. El proceso de retornar al centro de la experiencia de la realidad humana (in-sistencia) y desde allí reconstruir la metafísica de la moral, es manifiesto a través de toda la metodología de la moral kantiana. Pero creemos que junto con la experiencia de la ley moral, Kant nos revela —sin pretenderlo ni confesarlo explícitamente— la realidad misma de la experiencia metafísica. Será de interés comprobarlo, para aclarar y confirmar nuestro estudio.

1) Por de pronto, el punto de partida y la base de toda la fundamentación de la moral, se halla, según Kant², en una experiencia vivida en lo más íntimo de la conciencia (*Bewusstsein*) y sin intermediario alguno (*unmittelbar*)³.

2) Esta experiencia es un *hecho* (*ein Faktum*)⁴ que va con la esencia misma del hombre, en el que se manifiesta la razón práctica.

3) En esta experiencia interior (in-sistencia) se nos muestran dos elementos originarios: la obligación o determinación de la voluntad por la ley moral (*Nötigung-Bestimmung des Willens* [...] *durchs Gesetz*, y la *autonomía* de la voluntad misma (*Selbstzufriedenheit; -unmittelbar* [...] *verbunden; Autonomie*)⁵.

² Citamos la edición de KARL VÖRLANDER: Immanuel Kant, *Kritik der Praktischen Vernunft* 7, Meiner, Leipzig, 1920.

³ "Die Moralische Gesinnung ist mit einem Bewusstsein des Bestimmung des Willens unmittelbar durch Gesetz notwendig verbunden" (p. 149). "Bewusstsein der unmittelbaren Nötigung des Willens durch Gesetz..." (p. 150).

⁴ "...ein Faktum, worin sich reine Vernunft bei uns in der Tat praktisch beweist..." (p. 55).

⁵ "...die Autonomie in dem Grundsatz der Sittlichkeit, wodurch sie den Willen zur Tat bestimmt" (Ibid.).

4) Este hecho está inseparablemente unido a la conciencia de la libertad (*dieses Faktum mit dem Bewusstsein des Freiheit unzertrennlich verbunden, ja mit ihm einerlei sei*)⁶

5) Y me revela la esencia del hombre *como ser-en-sí (als Wesen an sich selbst)*⁷; con lo cual está Kant apuntando a la realidad fundamental del hombre como in-sistencia.

6) Más aún, este hecho instala al hombre en un *orden moral universal*, no sólo porque mi máxima moral ha de poder gozar de universalidad según el principio de la moralidad (*Grundsatz der Sittlichkeit*), sino porque muestra al hombre mismo dentro de un orden inteligible de los seres (*in einer intelligiblen Ordnung der Dinge*) que no depende de la intuición individual propia, sino que es independiente de ella (*gewissen dynamischen Gesetzen gemäss*)⁸.

En este párrafo fundamental, en el cual parece condensarse todo el espíritu de la *Crítica de la Razón Práctica*, vemos nosotros un testimonio de la implicación de la experiencia metafísica y la ética. La experiencia, por la cual el hombre se descubre a sí mismo necesariamente inserto en un *orden inteligible de las cosas, independiente del individuo*, no es otra, a nuestro parecer, que la vivencia metafísica, es decir, del fundamento de los entes y su orden.

No es de este lugar examinar hasta qué punto sea una contradicción interna el afirmar, por una parte, la autonomía absoluta de la voluntad en la constitución de la propia obligación moral; y, por otra, la inserción del hombre en un orden de cosas independiente de él. Lo que a nosotros aquí nos interesa es la unión del elemento moral y metafísico en la experiencia interior del hombre, en la cual la propia esencia del hombre, como ser-en-sí y como libertad, se hace patente.

A nuestro parecer, Kant se basa aquí en una experiencia real, aunque no la analiza ordenada e integralmente, ni acaba de ver todas sus proyecciones, Kant, preocupado por la moral, ve en la experiencia ética vivida en la conciencia, el primer despertar de la esencia del

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ "...seines in einer intelligiblen Ordnung der Dinge bestimmaren Daseins bewusst ist, zwar nicht einer besonderen Anschauung seiner selbst, sondern gewissen dynamischen Gesetzen gemäss, die die Kausalität desselben in der Sinnenwelt bestimmen können" (p. 55). El subrayado es nuestro.

hombre: en la conciencia de la obligación moral autónoma, descubre Kant la esencia del hombre como libertad, como ser-en-sí y como inserto en un orden real y moral trascendente. La misma idea de Dios surge de esa conciencia moral⁹.

Pero, si no queremos tomar un punto de vista determinado, y atendemos a la experiencia interior y esencial del hombre, veremos que los elementos más originarios de nuestra experiencia, aquéllos que son fundantes de toda las demás realidades y actividades del hombre en cuanto tal, son la presencia de la propia subjetividad y la experiencia del ser. En esta experiencia originaria in-sistencial y metafísica, se fundan todas las demás experiencias —ya sean del conocer puro (*logos*), ya del acto moral (*ethos*), ya de la actividad artística o técnica (*techne*).

* * *

Los análisis precedentes parecen mostrar con claridad la íntima conexión entre la experiencia metafísica y la experiencia ética. Una y otra se hallan de hecho, originariamente, en la misma experiencia fundamental del hombre, que hemos denominado in-sistencia, en la cual el hombre se hace patente a sí mismo, en un acto de plena interioridad, como estando en sí mismo, como poseyendo un centro interior en el cual se le hace patente el ser y desde el cual debe realizar su opción definitiva en la misma respuesta al ser. Como tampoco se puede confundir la experiencia del conocer y la experiencia de la libertad, aún cuando se hallan simultáneamente manifiestos en la misma afirmación ontológica. Esto, tal vez, ha dado lugar a diversas interpretaciones, no siempre conformes con la realidad. Tal sería en primer lugar la confusión de lo metafísico y lo moral. La íntima relación entre nuestras vivencias y nuestras opciones morales, no autoriza a fundirlas en una misma realidad formal indiferenciada.

La relación entre el orden ético y el orden metafísico, ha sido también expuesta a veces en el sentido de que la misma experiencia ética es la condición de la experiencia metafísica. Es decir, que la condición del encuentro con el ser, de la patencia del ser, se realiza justamente en la experiencia ética. Por el hecho de que el hombre y en el

⁹ "Es ist moralisch notwendig, das Dasein Gottes anzunehmen" (p. 160).

hecho en que el hombre tiene la experiencia ética es donde se le hace patente el ser. Tal concepción, ha sido bastante del agrado de algunos pensadores modernos¹⁰. A nuestro parecer, la realidad es diversa. No es que lleguemos a la experiencia metafísica por la experiencia moral, sino, al contrario, la experiencia moral surge en y de la experiencia metafísica.

RELACIONES DE JUSTICIA EN EL COMERCIO INTERNACIONAL

Por V. PELLEGRINI, S. I. (Buenos Aires)

A nadie escapa la importancia creciente que el comercio internacional ocupa en la actividad económica interna de cada nación. Sin consentir con el parecer de los extremistas que reponen la vida económica del futuro en una expansión ilimitada del intercambio entre los pueblos, debemos confesar que la coincidencia de dos doctrinas tan opuestas aparentemente, como son el *liberalismo* y el *comunismo*, al sostener ambas la necesidad de una división internacional del trabajo, división que según las teorías de Ricardo responden a necesidades naturales, y según los comunistas sería una división socialista internacional a la cual hay que obligar a los pueblos, nos hacen apreciar más la sabiduría de la *Doctrina Pontificia* que en este punto, vistas las condiciones concretas actuales, se pronuncia por el *subsidiarismo*, para situar al comercio internacional en relación con la actividad económica de un pueblo, que forma una unidad natural, incorporado en la unidad del Estado¹.

Pero, respetado el orden natural de los elementos que intervienen en la vida económica internacional, no hay dificultad en conceder que puede ser un *desideratum* si el futuro nos depara un mercado internacional cada vez más activo con sus posibilidades para resolver los problemas cada vez más graves de las llamadas zonas deprimidas. Tal vez debamos guardarnos de las dos falsedades más en boga en estos días: la una, proclamada por muchos círculos occidentales anglosajones, según la cual por medio del comercio se llegaría a la paz; la otra, proclamada por el comunismo, que basaría la paz en una división socialista del trabajo. La historia ha visto ya épocas de mucho comercio entre pueblos diversos aunque no separados por las distancias geográficas que hoy separan a la multitud de naciones que intervienen en el comercio internacional. Para ellos el comercio no fue

¹⁰ Ha sido expuesta en un reciente y sólido estudio por Helmut Kuhn. En su obra *Begegnung mit dem Sein*, Mohr, Tübingen, 1954, ha sostenido la tesis de que justamente la apertura al ser, la experiencia metafísica, se realiza en y por la conciencia moral (*Gewissen*).

¹ "La economía nacional, en cuanto economía de un pueblo incorporado en la unidad del Estado, es en sí misma una unidad natural que requiere el desarrollo más armónico posible de todos sus medios de producción en todo el territorio habitado por ese pueblo. Por consiguiente, las relaciones económicas internacionales tienen una función solamente subsidiaria, aunque positiva y necesaria. La destrucción de esta relación ha sido uno de los grandes errores del pasado..." (Pío XII, *Discurso a los participantes al Congreso de Política del Intercambio Internacional*, 7 de Marzo de 1948. Cfr. *Discorsi e Radiomessaggi* (DR), vol. X, p. 9).